

El dolor de vivir

Sin incurrir en el tético pesimismo de un Leopardi o de un Schopenhauer, puede afirmarse que esta nuestra vida terrestre y corporal es una pura tribulación. En ello coinciden todos los hombres de algún talento y sensibilidad, desde el buen Job que la llamó *cárcel de culpados* hasta el cínico Voltaire que la consideraba como pesadísima broma.

Aparte de las enfermedades a que nos condena nuestra flaca condición física, hemos de habérmolas a diario con un ejército de enemigos disimulados, de astutos y siniestros espíritus.

Nuestro primer enemigo es la voluntad que quiere lo que no puede alcanzar. Viene después la sensibilidad que nos perturba acá y acullá con el eterno vibrar de nuestras cuerdas nerviosas sacudidas por engañosas sensaciones. También la inteligencia nos traiciona, traicionada a su vez por los sentidos y por las fuerzas inconscientes que emanan de los bajos fondos orgánicos. ¡Y si al menos la conciencia de nuestra común miseria nos apretase en haz de amor, impulsándonos a relevarnos los unos a los otros en el transporte de nuestra cruz! El mundo es por desdicha inmensa clínica de envidiosos y hay quien sospecha que en esta engreida Europa está la enfermería de los incurables.

Todo conspira contra nuestra tranquilidad y el más fiel discípulo del estoico Epicteto no consigue hurtar su espíritu a la zozobra. No vale ser bueno; que quien ama la virtud y aborrece la iniquidad muere en destierro como otro Gregorio el Grande. Sabemos que las ilusiones son flores de estufa; que la fortuna es pérfida; carcoma el mando; vanidad la gloria y fraude el placer. Sabemos también que nuestros mejores propósitos han de ser mal comprendidos; que nuestra sinceridad ha de ser pagada con viles traiciones y que ni aún después de muertos nos libramos de la calumnia.

Los cementerios de la historia se ven invadidos a diario por manadas de hienas con anatomía humana, que desentierran los cadáveres para profanarlos entre los gritos de salvaje gozo lanzados por muchedumbres de energúmenos ebrios de escándalo. Confesémoslo con pena. La muerte no es un asilo seguro. La mordacidad no se detiene en la sepultura y hay multitud de ponzoñosos seres que se inti-

tulan racionales y religiosos y experimentan un placer satánico deshonrando muertos.

El odio es por desgracia, entre nosotros más firme y fecundo que el amor. ¿Cómo librarnos de esos sombríos personajes que disimulan con supremo arte su condición maligna, maestros en toda clase de esgrimas desde la de la envidia hasta la de la puñalada traidora; Tartuflos que nos brindan la paz con una mano para herirnos arteralmente con la otra? Es triste tener que afirmarlo, pero la capacidad de odiar es mayor en los hombres que la capacidad de amar. Se nos argüirá que nos refugiamos en el estoicismo; en esa escuela de la altiva serenidad que nada teme y nada espera, porque todo lo conoce y por conocerlo sabe despreciarlo. La práctica del estoicismo es buena para monstruos. Ningún hombre digno de este título puede ver impasible la terrible lucha, cruenta o incruenta que nuestra especie sostiene para vivir.

Solo el hombre estatua ideado por el filósofo Condillac; solo un imbecil o un atrófico de corazón pueden contemplar sin estremecerse esta peregrinación humana hacia destinos ignatos o tal vez trágicos por caminos de dolor.

Se nos dice que la lucha es el precio de la vida, pero hay luchas felinas y luchas cristianas. El vencedor que abusa de sus victorias es porque no la merece. Si la piedad no fuera como es virtud, sería un deber exigible, porque todos, absolutamente todos, somos, en mayor o menor grado, débiles, falibles y desdichados. ¿No habría medio de suavizar y ennoblecer esta espantosa contienda por desgracia inevitable?

* A mí ni me sorprende ni puede indignarme que el hombre busque su bienestar; a veces pienso con el filósofo Hobbes que es un animal esencialmente sensual o con Benthan que es puramente utilitario; pero no se concibe una ética, por ruin y bajuno que sea su fundamento, que justifique el crimen, el atropello y la barbarie, en aras de los graves imperativos del lucro y el regodeo.

Y sin embargo, rarísima es la riqueza que no se funde en el despojo; peregrino el deleite que no se compra a precio de lágrimas. ¿Es que la razón es un órgano atrofiado en los más de los que se llaman reyes de la creación? ¿Es que el llamado libre albedrío no pasa de ser la piadosa ilnsión de una filosofía, harto benévola, con una especie que rara vez lo usa, si por ventura lo tiene? ¿Somos como somos porque no podemos ser de otro modo? ¿Hay que sustituir la Ética llamada cristiana por la Biología y la Religión por el determinismo?

Que el ratón roa y el áspid pique y muerda el can y desgarré el tigre, son operaciones más propias de esos seres que la filosofía de Malebranche calificó con mayor o menor exactitud de *autómatas*, porque los datos que acerca de su vida anímica poseemos, no nos permiten reconocerles una conciencia, pero que la imagen y semejanza de un ser todo amor, se muestre en los combates de la vida, ofidio y roedor, vulpeja y tigre a la vez, es algo que riñe con la elevada concepción que del hombre formaron hasta hoy todas las filosofías.

Examinad a la luz de un severo análisis vuestra vida de relación: ¿qué día no os ha negado un amigo; injuriado un bruto, desdeñado un mentecato o calumniado un miserable? ¿Qué periodo de vuestra existencia se vió libre de asechanzas o vituperios?

Quiéren vuestra desgracia o vuestra muerte, no rápida y fulminante, que eso sería piadoso al cabo, sino precedida de un largo y abrumador suplicio. No os quitarán la vida de una estocada. Os la amargarán primero. Son almas de una crueldad felina, que cultivan con esmero el arte de arañar y poseen máxima destreza en la práctica del alfilerazo.

Se suele hablar de las guerras internacionales con horror y de las guerras civiles con execración ¿qué diremos de estas ruines guerrillas humanas de cantones, trampas y emboscadas en que se siente el golpe sin ver la mano cobarde que envuelta en la sombra nos golpea? ¿Como prevenir una puñalada en las tinieblas? ¿Cómo defenderse del chisme anónimo, de la injuria solapada, de la reticencia bellaca, de la difamación flotando en el ambiente?

Venga en buenhora la guerra, ya que es ley de la vida, pero franca y a pecho descubierto. Preferimos la ferocidad sin velos, a la rastroera alevosía con disfraz de urbanidad. La lucha es recia, pero el mundo es grande y todos caben en él menos el envidioso.

Conscientes de nuestra misión, nunca hemos figurado como aspirantes en este mundillo de la farsa política, religioso y social.

Nunca solicitamos lo que eramos capaces de conquistar y menos aún lo que no merecíamos.

Al dolor de vivir intenso y periódico no queremos añadir el dolor de sentirnos viles. Alguna que otra vez el aire inconstante de la realidad trajo a nuestro hogar algún título, honor o provecho. Nunca lo desdeñamos pero tampoco hicimos ostentación de él. Nuestro diploma de nobleza no está rubricado por el poder público, sino escrito en nuestra vida con tinta de acciones generosas. Para usurpar somos

demasiado honrados, para adular harto altivos, para intrigar sobrado francos.

Cuando nos atacan ciertos enemigos de ruín talla moral, torpemente disimulada con zancos de popularidad o uniforme de alto funcionario, no les concedemos beligerancia; más fuerte que nuestra indignación es siempre nuestro desprecio. Al adversario noble, le escuchamos o hacemos frente y cuando no podamos vencerle con las armas de la sabiduría, aspiramos a desarmarle con las de la humildad, que nunca envilece, porque reconocer la fuerza y superioridad ajenas, es obra de sensatez y justicia y no subtergio de bellaquería.

El que es vencido, después de haber luchado denodadamente podrá ser un desdichado o inhábil, pero jamás se le tildará de cobarde.

Este dolor de vivir sería harto menos acerbo si se repartiera equitativamente entre los que lo sufren: que son todos los hombres.

Todas las panaceas, específicos y fórmulas que fabricar pueda la ilusión en los talleres y farmacias de esa pseudo-ciencia que llaman Sociología, son falsos o baldíos, porque son apriorísticos o artificiosos.

Sufrir un dolor con entereza, es más propio de almas viriles que pretender engañarlo, engañándose con inyecciones de morfina.

Se objetará que el instinto de conservación nos manda interesarnos por nuestra vida antes que por las ajenas, pero ese instinto cuando es más un apetito que una necesidad fisiológica es puramente animal y por ende anticristiano. El sano egoísmo sabe vivir para los demás sin renegar de sí mismo; que nunca es tan alto un hombre grande como cuando pelea con la palabra o el ejemplo por disminuir el dolor de los pequeños.

Yo creo y creeré siempre que el que hace un bien, aunque reciba en pago una ingratitud, afirma a la humanidad al afirmarse a sí propio; acalla o atenua su dolor al pretender aliviar el ageno; enaltece su vida dándole un hermoso sentido de sacrificio y merece la reputación, lo cual vale mucho más que alcanzarla pordioseada o simularla con relumbrones de hueca retórica o destellos de aparatosa austeridad, cuando nó de hipócrita catolicismo ritualista.

Los lectores desengañados, que serán de seguro los más, acaso ríen al leer estas sincerísimas confesiones. Yo también me río, aunque de mala gana. Nos ha tocado la desgracia de nacer en un siglo de grandísimos progresos materiales, y digo desgracia, porque siempre la es el aumento de necesidades, la creación de nuevos lujos y el ansia de refinadas emociones.

Vaya usted a hablar de sacrificios y reparto equitativo de dolores a estos africanos con vestimenta europea; a estos salvajes con matiz de urbanos y careta de redentores que no han vacilado en producir una conflagración bélica universal por motivos inconfesables.

Hable usted de abnegación y caridad a los tenderos y acaparadores que se enriquecen a costa de la carestía general.

Intente usted dar lecciones de cristianismo práctico a esa plutocracia de origen filisteo o fraudulento, que por llegar más pronto a cualquier festejo lanza sus automóviles con velocidad de vértigo por las vías populares o las carreteras de la península, poniendo en grave peligro, cuando no sacrificando tantas existencias.

Predique usted dignidad y amor al prójimo a esos funcionarios que nutren sus bolsas con el dinero destinado a nutrir a los enfermos, locos y desamparados de nuestros asilos, sanatorios y hospitales.

Pretenda usted que se truequen en pródigos los avaros, en generosos los roídos por la envidia, en afables los brutos, en justos los mentecatos y en modestos las endiosadas medianías que encubrieron el dolo, la adulación o el lacayuno homenaje al poderoso. Todo es inútil y parece a veces que la humanidad en sus dos terceras partes, es éticamente imperfectible, a pesar de veinte siglos de predicaciones esforzadas y amargas y aleccionadoras expiaciones.

El hombre guía automóviles, vuela en aeroplanos, surca los mares en elegantes trasatlánticos, inventa nuevos proyectiles y nuevas comodidades; todo lo transforma, pero él no cambia por dentro.

¡Dolorosa verdad esta de que nunca progresarán de modo paralelo la materia y el espíritu!

Hoy como ayer, y se me antoja que como siempre, tapa sus garras de feroz mamífero con guantes de seda, esconde la perfidia tras la benévola sonrisa, encubre su vanidad mental con oropeles de lenguaje y sería capaz, como dijo un célebre canciller, de incendiar la casa de su vecino para freírse un huevo.

Este es el hombre al uso, el hombre *masa*, el hombre eterno, y por ello al que se levanta un centímetro siquiera sobre tanta miseria y cobardía, tiene que sumar a los dolores inherentes a la vida, un poco de asco y otro poco de tedio de vivir.

Pascual Santacruz

